

Entre Lenin y Zapata: el alma doble de las izquierdas mexicanas

Between Lenin and Zapata: the double soul of the Mexican Left

Jaime Ortega Reyna

Universidad Autónoma Metropolitana de México

Resumen

En este artículo se realiza una interpretación de las múltiples formas en que Lenin fue apropiado en la región latinoamericana. Se coloca énfasis en los aspectos políticos, culturales e ideológicos. Así mismo, se destaca la variedad y diversidad de formatos de comprensión de su presencia. Se procede a realizar una reflexión sobre la manera en que Lenin apareció en relación con la revolución mexicana, con el Partido Comunista Mexicano, en publicaciones académicas y teóricas, así como en el arte. Se ofrece una mirada panorámica, destacando los momentos más significativos.

Palabras clave: marxismo, Lenin, comunismo, nacionalismo, México.

Abstract

This article analyses the multiple ways in which Lenin's thought was construed in the Latin American region. Emphasis is placed on political, cultural and ideological aspects. It highlights the variety and diversity of ways of understanding his presence. It also addresses the way in which Lenin appeared in relation to the Mexican revolution, the Mexican Communist Party, in academic and theoretical publications, as well as in art. A panoramic view is offered, underlining the most significant moments.

Keywords: Marxism, Lenin, communism, nationalism, Mexico.

«La libertad que, por fin, tiene a su servicio la fuerza, en vez de verse atropellada por ella. La libertad para romper todas las cadenas e instaurar un mundo sin explotación: así concebía Lenin la libertad».

Wenceslao Roces

Introducción: Lenin en Iztapalapa

Ubicados en el denominado «Anillo periférico» de la zona oriental de la ciudad de México en la populosa alcaldía Iztapalapa —con casi 2 millones de habitantes es la más poblada de la megalópolis— destacan un conjunto de edificios construidos al amparo del denominado «movimiento urbano-popular» que nació hacia finales de la década de 1980. Bajo las siglas del otrora poderoso «Frente Popular Francisco Villa» este sector logró acceder a espacios de vivienda para sectores movilizados en los inicios del neoliberalismo. Dichas edificaciones en particular, construidas homogéneamente con ladrillos de color café, destacan de otros similares por una razón: en sus largas paredes resaltan amplias siluetas que fueron pre-diseñadas al momento de la construcción, integradas a partir de ladrillos negros que les dan forma a rostros o leyendas. Así, en las paredes se pueden ver a lo lejos las efigies del emperador mexica Cuauhtémoc, del revolucionario agrarista Emiliano Zapata, del líder militar Francisco Villa entre los nacionales y, entre los extranjeros a un joven y regordete Mao-Tse-Tung, un sonriente «Che Guevara» y, por supuesto, de Vladimir Ilich Lenin, a quien se retrató de perfil, con una amplia barba.

La figura de Lenin ha tenido una situación ambivalente en su recepción en México. Ello se debe a la propia forma de configuración de la cultura política, que, como se verá, tuvo el registro de simpatizar con los esfuerzos de cambio en Rusia,

pero al tiempo tuvo que distanciarse de ella, al configurar su propia trayectoria de cambio político. Las revoluciones en Rusia y en México fueron coetáneas, pero mostraron la diversidad en que las direcciones políticas y las clases subalternas podían expresarse. Configuraron la doble alma de la izquierda, que tuvo que avanzar con ambas tradiciones y herencias, proyectando su propio espacio político.

Por supuesto que los vínculos tendieron a existir al convivir en el tiempo. Ese es el objetivo del primer apartado. Posteriormente fue el Partido Comunista Mexicano (PCM) el principal receptor de la obra de Lenin. Aunque no de manera extensa, mostraremos algunos de esos senderos atravesados por el comunismo mexicano, que será el objetivo del segundo apartado. El apartado siguiente trazará pinceladas sobre la forma en que el pensamiento marxista —en su diversidad teórica— se apropió de la obra del revolucionario, para plantear sus propios problemas. Finalmente, la dimensión cultural permitió la aparición de Lenin en diversos espacios, a través de manifestaciones artísticas diferenciadas, pero persistentes en el tiempo.

El entramado que queremos reconstruir busca insistir en la universalidad de Lenin, en su constante presencia y, al tiempo, la manera en que las izquierdas mexicanas negociaron con aquel espíritu. A diferencia de otras experiencias, la mexicana tiene como rasgo distintivo la existencia de un gran movimiento revolucionario, con liderazgos populares de gran calado, que nada envidian a la capacidad de movilización de Lenin, aunque su distancia principal es que este último logró construir un poder político y social de larga data. Las izquierdas mexicanas tuvieron que hacer convivir a Lenin y a Zapata en su universo simbólico, mostrando que tenían arraigo en la historia nacional, pero no se encerraban en ella,

sino que ampliaban sus miras hacia los grandes acontecimientos del mundo.

México y Lenin, Lenin y México

El nombre de V.I. Lenin saltó hacia el conocimiento mundial en el transcurso del año 1917, cuando Rusia atravesaba un conflictivo paso del régimen zarista al democrático y después al socialista. En tanto que en México la situación tendía al lento apaciguamiento de las fuerzas sociales que habían desarrollado una intensa guerra civil, una vez que el bando más conservador triunfó sobre los más radicales ejércitos campesinos del norte (con Villa a la cabeza) y del sur (con Zapata como su símbolo). La llamada «revolución mexicana», en su fase armada, había concluido en 1915-1916 y la situación en el año posterior era de establecimiento de las bases para un nuevo Estado a partir de la formulación de un pacto constitucional, en el cual se inscribieron las luchas populares del lustro anterior. Aunque para México y Rusia 1917 es un año significativo, la temporalidad política avanzaba por sendas muy diferentes; en el primero terminaba la parte más intensa del conflicto interno en tanto que en el segundo país apenas comenzaría un poco después.

Es bien sabido que Lenin no tuvo un interés especial por la región latinoamericana. Salvo el caso de Argentina, rápidamente explorado en el desarrollo argumental sobre el imperialismo, el resto de procesos políticos y naciones quedaron ausentes de su reflexión. A pesar de ello, entre la tradición de izquierda mexicana es bien conocida la comunicación que Emiliano Zapata —figura emblemática de los campesinos del sur de México— dirigió a Lenin, en la que, entre otras cosas, decía:

«Mucho ganaríamos, mucho ganaría la hu-

manidad y la justicia si todos los pueblos de América y todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México Revolucionario y la causa de Rusia son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los pueblos oprimidos»^[1].

El esfuerzo internacionalista de la revolución mexicana no era raro. Primero, porque una veta fundamental de la raíz del árbol revolucionario había encontrado en los anarquistas un nudo fundamental. El anarquismo de inicios del siglo XX procuró un ánimo internacionalista para superar cualquier dimensión atravesada por fronteras. Provenientes del liberalismo radical mexicano del siglo XIX, los anarquistas que participaron —sobre todo como ideólogos— en la revolución mexicana, tenían claridad de la fuente rusa del lema «tierra y libertad», que ellos mismos hicieron suyo. En el caso del Ejército Libertador del Sur de Zapata, también había una coincidencia programática en el lema «tierra y libertad». Así, aunque no existiera una claridad sobre el contenido puntual de la formulación de Lenin a propósito de la cuestión agraria —es decir, de su disputa-alianza con los sectores «social-revolucionario», herederos de los populistas— se intuía, a la distancia, la importancia del tema agrario en el gobierno bolchevique. La cultura anarquista, tan presente en la insurgencia campesina, contribuía a mirar con buenos ojos las experiencias localizadas en otras geografías.

Así, no fue Zapata el único de los revolucionarios que captó esta significativa experiencia rusa. Como mencionamos, los anarquistas del Partido Liberal Mexicano, asentados en California, donde fueron perseguidos implacablemente por el gobierno

1.- «Zapata y Flores Magón Saludaron la Revolución Social», *La Voz de México*, 1666 (12 de noviembre de 1958).

norteamericano, también tuvieron breves guiños de simpatía:

«Nicolai Lenin, el líder ruso, es en estos momentos la figura revolucionaria que brilla más en el caos de las condiciones existente en todo el mundo, porque se halla al frente de un movimiento que tiene que provocar, quiéranlo o no los engreídos con el sistema actual de explotación y de crimen, la gran revolución mundial que ya está llamando a las puertas de todos los pueblos; la gran revolución mundial que operará cambios importantísimos en el mundo de convivir con los seres humanos»^[2].

Ricardo Flores Magón, el redactor principal del periódico *Regeneración* en esta etapa final de vida del anarquismo ligado a la revolución mexicana, es el que escribió estas palabras, a las que siguió el comentario de algunos extractos de un discurso de la cabeza de la revolución rusa. Concluyó el oaxaqueño escribiendo: «Cuánto alientan las palabras de Lenin. Ya no es la fraternidad universal un deseo sentido apenas por unos cuantos emancipados de prejuicios y errores de toda especie. Este deseo va penetrando a la médula de los pueblos; este deseo se hace carne y sangre»^[3].

Zapata, que cuando se dirigió a Lenin se encontraba ya en franca posición de minoría y en retirada, fue asesinado en abril de 1919, concluyéndose un ciclo importante del radicalismo agrario mexicano. Flores Magón y el núcleo de los anarquistas del Partido Liberal Mexicano, perseguidos y encarcelados, acompañaron a la distancia a los anarquistas rusos a quienes apoyaron en su gesta contra los bolcheviques, pasando a denunciar el gobierno de los soviets

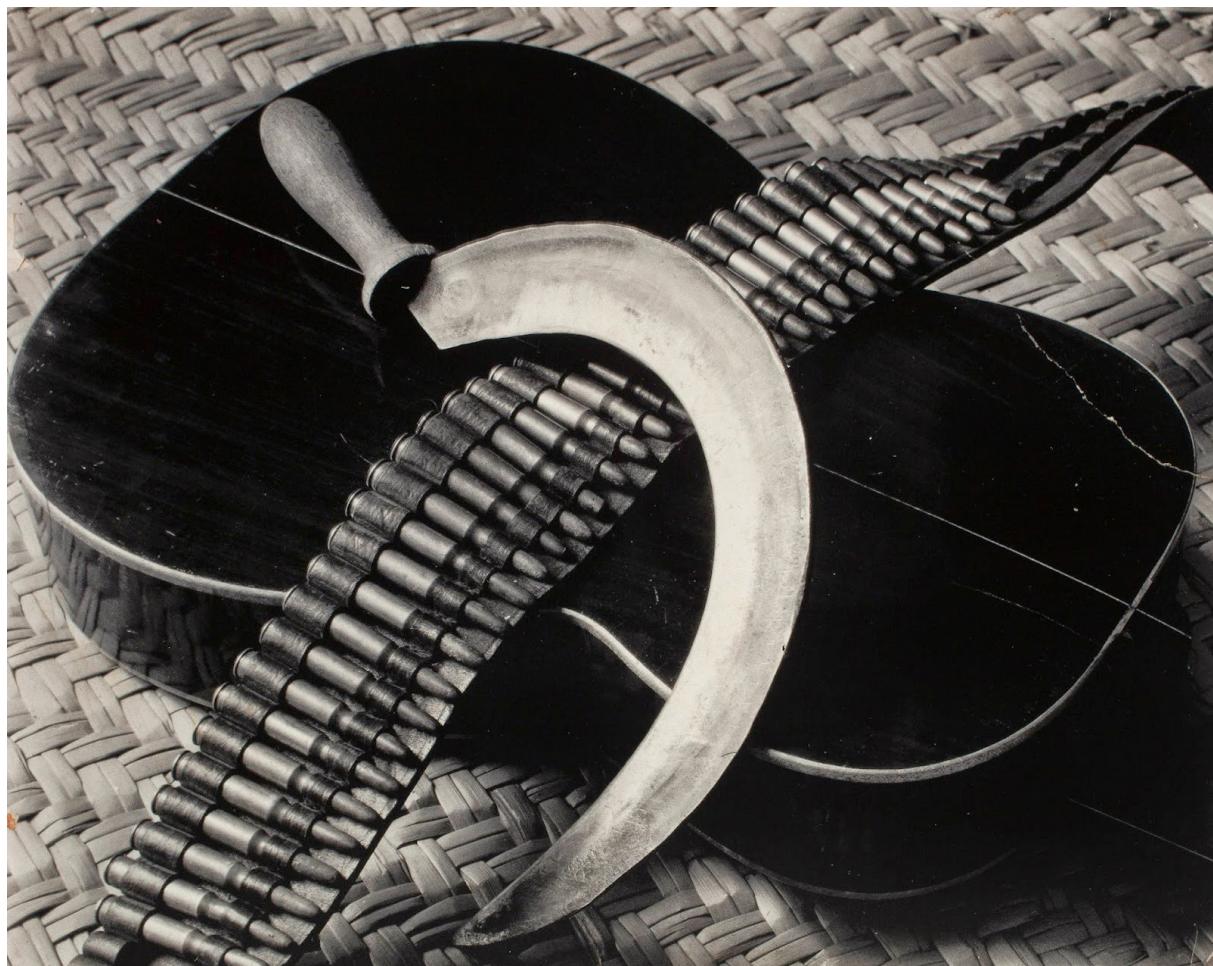
2.- «La revolución rusa», *Regeneración*, 262 [Época IV] (16 de marzo de 1918).

3.- *íbidem*.

como una tiranía más.

El capítulo del vínculo de Lenin con la revolución mexicana aun tuvo un episodio más, aunque reconstruido a partir de sus ausencias. Se trató de la presencia de Lenin en las tierras del sureste mexicano, que habían sido ajena del conflicto armado. El proceso revolucionario mexicano asumió la forma de ejercicios locales de radicalidad, a través de líderes sociales —llamados caudillos— que, en algunos casos, devinieron en gestores gubernamentales, cuyo discurso incendiario y de proclama a la revolución coincidió con el ambiente de referencia a la situación rusa. Así, en el sureño estado de Tabasco, el gobernador radical Tomás Garrido Canabal predispuso la organización de grupos de jóvenes denominado «Camaras Rojas», que se lanzaron en contra del clero y en favor de la educación racionalista. Sobre la ruina de algunas iglesias destruidas, se fundaron escuelas, no pocas con los nombres de Marx, Lenin o incluso Stalin y cuando el Congreso de Estudiantes Socialistas tuvo lugar en Villahermosa, capital de Tabasco, se entonó la internacional y se lanzaron vivas a Lenin. Además de los actos simbólicos del radicalismo —mediados por la búsqueda del poder— durante sus distintos gobiernos —un periodo de ellos quedó retratada en la novela *El poder y la gloria* de Graham Greene— Garrido Canabal tuvo un gesto personal: nombró a su hija como Libertad y a su hijo varón como Lenin.

Sin embargo, caso más significativo es el de Felipe Carrillo Puerto, gobernador de Yucatán durante los años 1921-1924, también conocido como el «Benemérito del Proletariado». Carrillo Puerto había simpatizado con la revolución rusa, la situación tendiente a lograr reformas lo colocó como la cabeza del Partido Socialista del Sureste. Durante su gobierno promovió sendas transformaciones en consonancia con el espíritu revolucionario: voto femenino,



Guitarra, canana y hoz (Foto: Tina Modotti, fuente: Museo Nacional de Arte, INBA).

promoción de la reivindicación de los indígenas mayas, un reparto agrario que lo confrontó con poderosos poderes asociados a la exportación del henequén; entre otras. Aunque Carrillo Puerto no era un gran ideólogo y lejos estaba de ser un marxista, entendió la radicalidad del acontecimiento ruso. Escribió a José Ingenieros:

«Los periódicos que componen lo que usted ha denominado con rigurosa propiedad la Internacional Capitalista de la Prensa, me atacan continuamente llamándome bolchevique y otras cosas. Bolchevique soy porque detesto el régimen capitalista fundado sobre la impiedad de los fuertes y la explotación de los humildes. Yo quiero otra cosa muy distinta de ese régimen, lo que buscamos los revolucionarios de todos los

países: mayor libertad, más justicia».

Ingenieros recordaría más tarde esa relación con Carrillo Puerto^[4], quien fue asesinado por la oligarquía agroexportadora vinculada a la producción de henequén en enero de 1924 —unas semanas antes de la muerte de Lenin—, se transformó en un ícono de la radicalidad de la década de 1920. Una anécdota más puede brindar mayor claridad de ello. A mediados de la década de 1960 el corresponsal soviético en México de la agencia de noticias TASS visitó a la familia del «Benemérito del Proletariado»; siendo informado de una carta que Lenin envió a Carrillo Puerto en agradecimiento por la

4.- «Una carta de José Ingenieros. Carrillo Puerto, amigo de la Revolución rusa», *El Machete*, 508 (enero de 1938).

ayuda material que este envío hacia Rusia. Emocionado, pidió ver la carta, acto seguido una familia emprendió con seguridad la búsqueda de la misiva, dándose cuenta qué esta había desaparecido, probablemente extraída por un estudiante norteamericano que había pedido, meses atrás, ver los documentos de Carrillo Puerto que se conservaban. El periodista queda impactado de aquella noticia y decide contarla como un signo más de unidad entre los pueblos, a pesar de su ausencia^[5].

La revolución mexicana abrió canales de expresión con la rusa, tras la muerte de Lenin. Famosa es la llegada a México de la primera diplomática mujer, Alexandra Kollontai, quien, con su nombramiento, parece mostrar la fundación de un tiempo nuevo. Aunque no tan afortunada en su gestión. Pasarían años, siendo hasta el momento de la guerra que volvería a acercar a ambas revoluciones. Al igual que en 1917 en el periodo de 1934-1940 ambas naciones vivieron un segundo momento de gran transformación; en la Unión Soviética bajo el manto modernizador de José Stalin y en México bajo la conducción de Lázaro Cárdenas. El final de aquella década, signada por la crisis y la amenaza de la guerra, obligaron a ambas naciones a enfilar y radicalizar —en vías contradictorias y hasta opuestas— los mecanismos de articulación de la sociedad, permitiendo sostener en común una apuesta por la dirección estatal. No fue casual que en esta época la Secretaría de Educación Pública publicara un esbozo biográfico de Lenin a cargo del historiador marxista José Mancisidor^[6], que se repartió por miles entre los profesores de educación básica —por entonces, mayoritariamente rural—; el autor era cercano al PCM, pero

también aportada una interpretación histórica en clave nacional-popular y, además, era reconocido por haber viajado a la Unión Soviética.

Ese periodo volvió a acercar a ambas revoluciones en el plano internacional. México y la Unión Soviética se encontraron de nuevo en la denuncia de la invasión italiana a Etiopía, en la participación en favor de la República Española, en la recepción de refugiados cuando esta cayó. Sólo se mostraron distancia cuando la URSS invadió Polonia, hecho condenado por México. El inicio de la guerra permitió el restablecimiento de relaciones. Dos personajes volvieron a conectar a ambas revoluciones, ya en el imperio del conflicto internacional. El embajador Constantino Oumansky se volvió un personaje muy popular en México y su muerte sería muy sentida entre la clase política mexicana, dedicando fastuosos homenajes en el marco del entendimiento, reforzado por la retórica anti «nazi-fascista». En el caso soviético fue el embajador Narciso Bassols García quien entregaría la condecoración más alta que otorga el gobierno mexicano —el orden del Águila Azteca— a Alexandra Kollontai. Aunque ambos personajes cumplieron brevemente encargos diplomáticos, su presencia y recepción fueron gestos que reafirmaron cierto parentesco entre procesos revolucionarios.

El idilio de la patria de Zapata con la de Lenin fue intenso pero efímero. Una vez concluida la guerra México dio un vuelco de timón y ensayó un acercamiento con los Estados Unidos, colocándose en la estela de la Guerra Fría adversa a la del socialismo. Entre los descendientes del agrarismo radical mexicano, aun en esa época, se da un amplio proceso de recepción de las ideas de Lenin. Un buen ejemplo de ello es el número de la revista México Agrario, que durante la década de 1940 recopiló las ideas de la inteligencia agrarista —ya bajo el formato

5.– Anatoli Pavlenko, «En busca de la carta perdida de Lenin», *Siglo Veinte*, 31 (1965), pp. 33 y 40.

6.– José Mancisidor, *Lenin*, Secretaría de Educación Pública: Biblioteca del obrero y el campesino, México, 1936.

de ingenieros, pedagogos, historiadores— que construyó las instituciones del México posrevolucionario. Un número de 1945, por ejemplo, presenta numerosos artículos de investigadores soviéticos bajo títulos como *Lenin organizador de la clase obrera; Lenin y los campesinos; Lenin y el ejército rojo; Lenin, Stalin y la ciencia, La familia Ulianov.*^[7]

El comunismo mexicano, entre Zapata y Lenin

En 1919, unos meses después de fundada la Internacional Comunista se forjó el Partido Comunista Mexicano, cuya historia se alargó hasta 1981, año en que se fusionó con otras organizaciones. El PCM vivió una agitada vida, entre la irrelevancia política y la vanguardia de los movimientos de la sociedad. Un hecho marcó su existencia de principio a fin: la presencia de la revolución mexicana como un acto fundante del Estado mexicano. ¿Cómo podían los comunistas lanzarse a pregonar una revolución social si esta ya había ocurrido? La revolución mexicana se convirtió en el marcador ideológico que dio seña de identidad al comunismo mexicano.

Es por ello que, durante toda su vida, los comunistas tuvieron que vivir tensionando la posibilidad de una historia que reconocía al pueblo como el principal actor. Así, dicha ambigüedad se marcó de una relectura de las grandes figuras de la conformación de la nación. En la década de 1920 los comunistas recurrieron de manera privilegiada a Ricardo Flores Magón, Felipe Carrillo Puerto y, sobre todo, Emiliano Zapata, como los artífices de la gesta revolucionaria de la que eran herederos. En la década de 1930 declararon que eran hijos de la tierra mexicana y alargaron su genealogía, quedaron

incluidos en los referentes los curas Miguel Hidalgo y José María Morelos como grandes gestadores de la independencia y del primer socialismo agrario; Benito Juárez e Ignacio Zaragoza como luchadores anti imperialistas (frente al Imperio Francés); y de nuevo Emiliano Zapata.

Toda esta lectura de la historia local les dio a los comunistas un doble sentido de pertenencia. Por un lado, eran parte de un gran movimiento mundial, cuya cabeza principal fue siempre Lenin; por el otro, reconocían que el socialismo no era una idea enteramente exportada o ajena, sino que partía de la realidad profunda mexicana. Esta doble dimensión aun no se ha valorada en toda su potencialidad. Desde 1936 y hasta mediados de la década de 1960, las figuras nacionales convivían con Marx y, sobre todo, con Lenin.

La figura de Lenin ocupó muchas portadas y numerosos textos en la prensa. Pero, además, en una tradición heredada del momento armado de la revolución, se escribieron «Corridos» (cantos populares) dedicado a Lenin o en otros, donde él aparecería, casi todos ellos publicados en *El Machete*. Graciela Amador, líder comunista en la década de 1920 compuso el «Corrido al 7 de noviembre» donde dice que «Entonces la Antorcha roja/brilló para ellos por fin, / pues se oyó el grito rebelde/del gran NICOLAS LENIN»^[8]. Ella misma compuso el corrido titulado «Lenin» a quien llamo «el genio del mundo/lazó su aliento postrero/ el año 24/ el día 22 de enero»^[9] y más adelante «Y el ejemplo de aquel pueblo/ donde hizo Lenin escuela/ va dirigiendo a los hombres/ con su luminosa estela/ [...] Así pues, en todo el ORBE/ del uno al otro confín/ siguen los TRABAJADORES/ la palabra

8.- Graciela Amador, «Corrido del 7 de noviembre», *El Gran octubre y los mexicanos*, México, s/e, 1987, p. 132.

9.- G. Amador, «Lenin», *El Gran octubre y los mexicanos*, p. 135.

7.- México Agrario. Revista sociológica, 1 (enero-marzo de 1945, vol. VII).

de Lenin»^[10]. Otro compositor de la época compuso «Unificación» donde dice:

«Nunca olviden que a Zapata,
Compañero de la mina,
Para que llegara el triunfo
Lo que le faltó fue «harina»

Vamos tomando un ejemplo
Para llegar a un buen fin
Vamos imitando a Rusia
Y al camarada Lenin»^[11].

Otros cantos, como el de Marco Monegro dice que «¡en marcha! / la jornada/parte de un Primero de Mayo/ hacia un 7 de noviembre/multiplicado/por la voz de mando de Lenin» y R.F Montenegro sella la unificación de ambas revoluciones:

«¡Viva Tierra y Libertad!
Flota, bandera escarlata,
Arrullada por la brisa
siempre serás la divisa
del que emancipar se trata
de Lenin, Magón, Zapata,
los ideales proclamada
Trabajadores, gritad,
bien unidos como hermanos:
¡Guerra a muerte a los tiranos!
‘Viva Tierra y libertad’»^[12]

Como puede verse en los corridos, los comunistas fusionaron el impulso universal de la revolución de octubre, con el líder ruso a la cabeza, con el *ethos nacional-popular* de la gesta nacional mexicana. El primer periódico comunista de gran alcance fue *El Machete*, fundado en marzo de 1924

10.- G. Amador, «Lenin», *El Gran octubre y los mexicanos*, p. 136.

11.- Héctor Martínez, «Unificación», *El Gran octubre y los mexicanos*, p. 137.

12.- H. Martínez, «Unificación», *El Gran octubre y los mexicanos*, p. 137.

no logró registrar la muerte de Lenin, pero al año siguiente ya comenzaban las conmemoraciones, ofreciendo a lectores sus datos biográficos^[13], testimonios de gente que lo conoció, apareciendo todavía personajes como Bujarin y Trotsky^[14]. Esa mística que imprimía su figura se reforzó al ser un mexicano, miembro del PCM, el único latinoamericano que dejó un testimonio del trato persona. Manuel Díaz Ramírez, que acudió a un congreso de la Internacional en 1921 dejó un testimonio de su plática con el líder ruso^[15].

Los aniversarios de su muerte o los de la revolución de octubre (celebrada como la mexicana en noviembre) eran momentos donde la prensa partidaria, en condiciones muy precarias y contra viento y marea, expresaban su admiración por Lenin^[16]. La lectura de las obras del líder se veía nutrida por las traducciones hechas en otros países, como España. Alguna de ellas fue realizada por un intelectual mexicano de renombre —aunque publicada en otros países— que fue Alfonso Reyes^[17].

Durante la década de 1930 en no pocas ocasiones aparecían fotografías, grabados u otras ilustraciones a propósito de Lenin. El PCM procuró mostrar su imagen, muchas veces en primeras páginas. La dimensión teórica o productiva fue escasa en esta

13.- «Lenin. Su obra y su personalidad», *El Machete*, 28 (enero de 1925).

14.- «Como trabajé con Lenin», *El Machete*, 29 (enero de 1925); Nicolás Bujarin, «Lenin. El camarada», *El Machete*, 29 (enero de 1925); León Trotsky, «¡Adios, llich! ¡Adios jefe!», *El Machete*, 30 (enero de 1925).

15.- Manuel Díaz Ramírez, «Hablando con Lenin en 1921», *Ellos conocieron a Lenin*, Moscú, Progreso, s/a, pp. 256-261; y Manuel Díaz Ramírez, «Un mexicano con Lenin», en Gill Mario (comp.), *Méjico y la revolución de octubre*, México, ECP, 1978, pp. 109-115.

16.- Nicolás Lenin, «El arte de la rebelión», *El Machete*, 87 (noviembre de 1927).

17.- Rafael Rojas, *La epopeya del sentido*, México, COLMEX, 2022, p. 134.

época. Si bien se imprimían folletos firmados por él, en lo que Sebastián Rivera Mir ha denominado la época donde «editar era militar», había poca reflexión en torno a él, salvo en un nivel hagiográfico. Lo poco que se daba en este tenor solían ser traducciones de autores soviéticos. Por ejemplo, en enero de 1938, momento de esplendor del PCM ya con una alianza firme con el presidente Cárdenas, apareció una extensa edición de *El Machete*, en cuyo titular se leía «El pensamiento de Lenin vibra hoy como ayer», en donde se incluían fragmentos del libro de Stalin y otras notas a propósito de su vida y obra^[18]. En esta época, por cierto, relata Rivera Mir apareció la «Editoria Lenin» como un esfuerzo de colocar obras marxistas en español^[19].

Sin embargo, la mayor parte de referencias referente al nivel de la teoría marxista respecto a Lenin venían acompañadas de loas a la Unión Soviética o a Stalin. El momento principal era ante todo el aniversario del acontecimiento revolucionario. Durante décadas, los comunistas celebraban en noviembre tanto la revolución rusa como la mexicana, algunas veces con grandes mítines. Por ejemplo, en 1937 el PCM logró reunir al gobernante Partido Nacional Revolucionario, a exiliados anti-fascistas alemanes y al diplomático marxista Narciso Bassols^[20].

En la década de 1940 la situación se aceleró en relación a la guerra. El PCM tomó como tarea principal la defensa de la Unión Soviética. El cambio de nombre de su prensa de *El Machete* a *La Voz de México* no solo

no dejó de promover el culto a los dirigentes soviéticos, sino que lo profundizó. En enero de 1943 con sede en el Sindicato Mexicano de electricistas, los comunistas homenajearon a Lenin en un aniversario de su muerte^[21]. Desde los últimos años de *El Machete* y los primeros de *La Voz de México* el PCM dedicó un espacio que tituló *El Rincón de Lenin*, en donde se reproducían largas citas sobre temas puntuales. Se trató de una forma dispersa, pero concentrada, de acercar su obra a las y los lectores, militantes y simpatizantes.

Los comunistas siguieron insistiendo en Lenin, en algunas ocasiones apareció de formas inesperadas. Por ejemplo, en la revista *Teoría* del PCM, editada hacia finales de la década de 1940 e inicios de la siguiente, una portada muestra un grabado orientalizado del líder ruso. Con un tono «asiático» y un color oscuro, Lenin aparece menos occidentalizado. En la misma revista apareció un texto titulado «La Europa atrasada y el Asia avanzada», en donde Lenin afirmaba que Europa era la expresión de la barbarie y Asia de la revolución. Se trataba de un Lenin crítico del colonialismo, algo que no había aparecido en épocas anteriores^[22] y que ganaba importancia al colocar el acento en la importancia del movimiento democrático que surgía en las periferias del cuerpo capitalista global. También era común encontrar referencias a la cuestión de la prensa y en particular al énfasis que Lenin había puesto en su carácter de organizador colectivo^[23].

Sectores que habían sido expulsados del PCM en la década de 1940 conforma-

18.- Stalin, J.V, «El leninismo y la cuestión nacional», *El Machete*, núm. 508, enero de 1938; Kolstov, M. «El último viaje», *El Machete*, 508 (enero de 1938).

19.- Sebastian Rivera Mir, *Edición y comunismo. Cultura impresa, educación militante y prácticas* (México, 1930-1940), Raleigh, North Carolina, 2020, p. 114.

20.- «Formidable mitin en Bellas Artes», *El Machete*, 499 (noviembre de 1937).

21.- «Homenaje a Lenin», *La Voz de México*, 423 (enero de 1943).

22.- V.I Lenin, «La Europa atrasada y el Asia Avanzada», *Teoría: revista teórica del PCM*

23.- «El periódico no se sólo propagandista y agitador colectivo: es también un organizador colectivo», *La Voz de México*, 830 (19 de marzo de 1954).

ron numerosas organizaciones que reorganizaron sus propias fuerzas en búsqueda de convertirse en el partido-vanguardia. Uno de esos grupos publicó el periódico *Noviembre*, —que se convertiría a partir de 1950 en el periódico del Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM), un grupo comunista que buscaba reintegrarse al PCM. Dicha organización fue resultado de la fusión de dos colectivos de expulsados, mismos que planearon y ejecutaron homenajes a Lenin como parte de sus actividades de fusión^[24]. Como otras, el POCM también rindió homenaje a los mártires, como Lenin o Luxemburgo, incluso una de sus dirigentes, Consuelo Uranga, al escribir sobre esta última refirió abiertamente al debate con Lenin sobre el excesivo centralismo organizativo propuesto^[25]. Aunque con menos influencia que el PCM, el POCM expresó bien durante su corta vida —la década de 1950— el mestizaje entre la ideología de la revolución mexicana y la de la revolución rusa, su lema fue: «por la revolución mexicana, al socialismo».

La prensa de este grupo mostró reflexiones muy elementales en torno a Lenin, como por ejemplo, sobre la forma en que Lenin forjó el instrumento para afrontar la «inevitabilidad histórica» de la caída del capitalismo^[26]; de como el «leninismo» era la «conquista suprema de la cultura rusa y mundial»^[27], o la necesidad de afrontar que en términos personales, no era posible evitar errores en el trabajo político^[28]. Tam-

bién se reproducían fragmentos de poemas como los de Maiakovski en sus páginas, con motivo de los 34 años de su muerte^[29].

Fue solo hasta la década de 1960 cuando algo cambió en el comunismo mexicano. Rompiendo con el pasado inmediato, una nueva dirección encabezada por Arnoldo Martínez Verdugo, quien asumió definitivamente el puesto de mando entre 1959 y 1961, Lenin dejó de ser una referencia mítico, para convertirse en un motivo productivo. Aunque no hay textos ni una producción amplia al respecto, los testimonios de la época insisten en que Lenin fue releído en clave de un teórico de la hegemonía. En un cruce entre la perspectiva gramsciana, ese grupo que terminaría reformando desde sus entrañas al PCM —por entonces la organización más antigua del país— se inspiró en Lenin, al que dejaron de ver como una figura de bronce, atrapada en el tiempo y a la que había que rendir culto, por un teórico de la política, en el que se podía fundamentar la relación entre socialismo y democracia. No fue para nada extraño que, el PCM haya sido uno de los primeros en condenar la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968, acompañar al movimiento estudiantil de esa época, denunciar el concepto de vanguardismo y, finalmente, trazar los pasos para incorporar a la organización comunista a la conquista por la democracia como el objetivo fundamental de la actividad política. La importancia de Lenin se vio reflejada en el esfuerzo que hizo la editorial partidaria llamada Ediciones de Cultura Popular, por imprimir en coedición con el editor español Akal las *Obras completas*, siendo una de las ediciones de mayor calidad y circulación en español. Dice Elvira Concheiro, protagonista de esta historia, de Martínez Verdugo:

24.- «Cálido mitin a la memoria de Lenin», *Noviembre*, 5 (5 de febrero de 1949).

25.- Consuelo Uranga, «Recordando a Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo», *Noviembre*, 161 (7 de enero de 1957).

26.- Alberto Lumbreras, «Gloria eterna al camarada Lenin», *Noviembre*, (8 de febrero de 1951).

27.- «El triunfo del leninismo», *Noviembre*, 63 (16 de enero de 1954).

28.- «La herencia de Lenin para afrontar los errores», *Noviembre*, 162 (22 de enero de 1957).

29.- «Lenin», *Noviembre*, 183 (11 de enero de 1958).

«A él le debemos el impulso de debates sustanciales en las páginas de *Historia y Sociedad, Socialismo, El Machete, Memoria*, sobre temas tales como lo que significa construir contrahegemonía en un país como el nuestro, para lo cual, además, impulsó el estudio de Gramsci y de un Lenin desconocido, que escapaba al que el estalinismo había confeccionado a su medida»^[30].

En 1970, con motivo del aniversario de su deceso, numerosos homenajes tuvieron lugar en la Ciudad de México. Uno importante es el que se desarrolló en la ciudad de México a cargo del Instituto de Intercambio Cultural que dedicó sesiones a homenajear a Lenin^[31]. También, una corriente proto-soviética existió en el Partido Popular Socialista en cuya voz habló Carlos Sánchez Cárdenas en aquellos años^[32]. Por supuesto que la prensa del PCM, por entonces inaugurada en el quincenal *Oposición*^[33], dedicó sendos textos a pensar a Lenin, al tiempo que mostró en la portada un grabado hecho por David Alfaro Siqueiros dedicado al líder revolucionario, mismo que sería rifado entre los suscriptores de la publicación. La prensa comunista reseñó dos mitines, en el Teatro Lírico y en el Sindicato Mexicano de Electricistas, estuvieron presentes los embajadores de los países socialistas, periodistas y figuras como Clementina Batalla, David Alfaro Siqueiros, Wenceslao Roces y la historiadora Adelina Zendejas^[34]. En las

30.- Elvira Concheiro, «Arnoldo Martínez Verdugo: comunista revolucionario», *La Jornada*, (4 de junio de 2013).

31.- *Significación de la obra humanista de Vladimir Ilich Lenin*, México, Instituto de Amistad e Intercambio cultural México – URSS, México, 1970.

32.- Carlos Sánchez Cárdenas, *Presencia de Lenin en el mundo contemporáneo*, México, s/e, 1969.

33.- «Editorial. En el centenario de V.I. Lenin», *Oposición*, 1 (1970), p. 4; Juan Dích, «Lenin, universal y presente», *Oposición*, 1 (1970), p. 22 Manuel Terrazas «Vincularse siempre a las masas», *Oposición*, 1 (1970), pp. 23-24.

34.- «Conmemoraciones del centenario de V.I. Lenin»,

páginas del quincenal comunista también se publicó un desplegado firmado por varias decenas de pintores, poetas, profesores, líderes de la izquierda e intelectuales en el que se decía que: «Al recordar a Lenin afirmamos nuestros principios revolucionarios y nuestra disposición a no cesar nuestra actividad para que nuestra Patria, México, también emprenda el camino socialista, único régimen que asegurará a nuestro pueblo libertad, pan, cultura, paz y seguridad en el porvenir»^[35].

En el ambiente de festividad el expresidente Cárdenas mandó un saludo a una de dichas reuniones, en el cual se leía que el aporte «de Lenin, ligado a Latinoamérica, es haber valorada la acción antiimperialista de los países dependientes [y que] en Lenin se reunían cualidades excepcionales de dirigente. Fue un intelectual que supo escuchar y aprender del pueblo; un notable polemista, analítico y apegado a la realidad, nacionalista ante el imperialismo e internacionalista en la solidaridad proletaria»; para finalizar diciendo que «Es necesario subrayar, ante los justificados anhelos de libertad y justicia de las nuevas generaciones, que Lenin supo valorar las revoluciones democráticas, agrarias y anticolonialista»^[36]. De a poco, la flama de la revolución se iría apagando y los comunistas asomarían de manera más decidida por la trama de la conquista de la democracia como gran signo de los tiempos.

Teóricos, filósofos y economistas

La presencia de Lenin fue simbólica. Movilizó la imaginación política de los co-

Oposición, 3 (1970), p. 37.

35.- «En el centenario de Vladimir Ilich Lenin», *Oposición*, 3 (1970), p. 36.

36.- «Lázaro Cárdenas» en José Consuegra (comp.), *Lenin y la América Latina*, Barranquilla, Universidad del Atlántico, 1970.

unistas y generó un culto a una figura cuya acción era considerada como un claro ejemplo del sendero a recorrer. Ello saturó el nombre de Lenin bajo la forma de referencias hagiográficas, de formulación de un culto, a medio camino entre la glorificación de la acción política y la defensa de un poder estatal del otro lado del mundo.

Sin embargo, fueron variados los intentos por volver Lenin un referente teórico, algo más que una estatua o una cita hecha a propósito de la importancia del partido de la propaganda. Ello nos obliga a mirar, de nuevo, algunas rendijas menores en las que se posibilitó en otros escritos he delineando los principales contornos de recepción y apropiación productiva que sobre Lenin se han hecho en la región latinoamericana. Me ha interesado, sobre todo, la perspectiva teórica. Ya sea como una teoría de la intervención política, como un ejercicio anti-colonial o como un elemento útil en la acumulación teórica, Lenin permitió al marxismo latinoamericano renovarse.

En el caso de México esta situación es más compleja. Al ser México un país en donde la alta cultura, el mundo intelectual e incluso un sector de la clase política simpatizaban, conocían o tributaban del marxismo, la presencia de Lenin era constante, pero no fue la principal. En el mundo académico es claro el persistente estudio de Marx, sobre todo de la obra de *El Capital*; en los programas de estudio era común ver la bibliografía respecto al tema del imperialismo de Lenin, como un segundo momento de lo que se llamaba «economía política». En las carreras de ciencia política y sociología, también era común la lectura de textos como *El Estado y la revolución*; por ejemplo, en tiempos recientes, el presidente Andrés Manuel López Obrador ha recordado como en el contexto de la situación chilena del año 1973 un profesor le dio a leer aquella obra de Lenin, a la manera de

una llave interpretativa^[37].

La posibilidad de leer a Lenin teóricamente tuvo algunos momentos estelares, mucho menores que los referentes a Marx en términos de cantidad y menos famosos frente a la lectura de Gramsci, que ya ha sido ensayada en numerosas ocasiones. Uno de los primeros trabajos teóricos que reafirmó a Lenin en el campo de la filosofía académica fue el de Adolfo Sánchez Vázquez, quien, en la segunda edición de su clásica obra, decidió incluir todo un capítulo donde discutía al ruso como un teórico de la praxis, analizando los debates en torno a la conciencia exterior, el economismo y la conciencia de clase. En el lado opuesto a Sánchez Vázquez, el politólogo Raúl Olmedo —que había estudiado en Francia con Althusser— realizó una lectura de Lenin reivindicando la obra de *Materialismo y empiriocriticismo*, desplegando un argumento anti-dialécticos. En un texto titulado «El reproche de Lenin a Engels acerca de la dialéctica», Olmedo rastreó las críticas de Lenin hacia Engels en la forma en que se expresa el pensamiento dialéctico y el método de exposición. Olmedo deduce que con Lenin se desmonta cualquier posibilidad de concebir que la dialéctica heredada por Hegel como una opción teórica de producción de conocimiento adecuada para el marxismo. Para el filósofo mexicano tratar de forzar en el proceder científico del marxismo (en el campo de la historia) una propuesta de carácter filosófico, obliga a que esta última funcione como procedimiento de construcción de conocimientos y al tiempo como la garantía de la correspondencia del conocimiento con el objeto. Olmedo como buen althusseriano piensa la joven ciencia de la historia lo que menos necesita es una filosofía de la histo-

37.– López Obrador, en Chile: «Allende es el presidente extranjero que más admiro», *El País*, (10 de septiembre de 2023).



Campesinos leyendo *El Machete*, 1922 (Foto: Tina Modotti, fuente: Museum of Modern Art - MoMA).

ria. Olmedo además reunió a un grupo de estudiantes, que en esta línea, produjeron un número completo de una revista académica dedicada a analizar Materialismo y empiriocriticismo, algo verdaderamente inusual. Para Olmedo, Lenin al rechazar la lectura dialéctica opera con el criterio de la «práctica científica»^[38]. No fue casual que la «escuela althusseriana» mexicana invitara con énfasis al francés Dominique Lecourt, quien escribió un trabajo sobre la posición de Lenin en filosofía^[39]. Que Domenique Le-court haya visitado México para fortalecer una perspectiva de la filosofía de la ciencia trajo como consecuencia que algunos integrantes de ese gremio académico realizaran

38.- Raúl Olmedo, «Autocrítica: la totalidad como metáfora», *La Cultura en México*, p. XII.

39.- Víctor Manuel Muñoz, y Yolanda Trápaga, «Diálogo con Domenique Lecourt», *La Cultura en México*, pp. IV-V.

sendas reflexiones sobre Lenin. El filósofo Cesáreo Morales leyó *Materialismo y Empriocriticismo* detectando que aquella obra permitía delinejar la historia de la filosofía como la confrontación entre materialismo e idealismo que, «en última instancia» era una postura de clases^[40].

Opuesto a la línea althusseriana, el filósofo Gabriel Vargas Lozano realizó su lectura de la cuestión de la filosofía en Lenin. Destacaba —a diferencia de Olmedo— la distancia que había entre los trabajos como *Materialismo y empiriocriticismo* y los *Cuadernos Filosóficos*. Realzaba una crítica a la tesis althusseriana de que en Lenin se encontraba no una nueva filosofía, sino solo una práctica de la filosofía. Deudor de la «filosofía de la praxis», Vargas Loza-

40.- Cesáreo Morales, «Lenin y la filosofía», en *Filosofía, ciencia y política*, México, Nueva Imagen, 1980, p. 64.

no sostenía que aquella tesis era correcta, pero solo a medias y que, en solo podía ser comprendido el aporte si se consideraba al marxismo como una nueva filosofía, es decir, en tanto concepción del mundo formulada para su transformación^[41]. Finalmente, aunque no publicadas, se conservan notas del filósofo Luis Villoro —con simpatías al nacionalismo-popular— a propósito de las obras de Lenin^[42], aunque una figura lejana del marxismo y las militancias políticas, su prestigio como intelectual progresista se conserva en el reservorio cultural del país.

En el terreno del análisis económico existieron también atisbos de un intento de renovación del marxismo. Fue el caso de las obras de los economistas Alonso Aguilar Monteverde y Enrique Semo. Ambos, prolíficos marxistas, se concentraron en mostrar las potencialidades de la propuesta de Lenin sobre el capital monopolista de Estado. Semo, miembro del PCM desde la década de 1960, elaboró un diagnóstico de la perspectiva del capital monopolista, señalando que para Lenin este no era un concepto que se desarrollara exclusivamente en las economías centrales. Criticando duramente a las diversas teorías de la dependencia, asumía que países como México, Brasil o Argentina, consideradas de escala media —es decir no potencias industriales, pero tampoco su contrario— el concepto podía ser útil. Señalaba que para Lenin las economías industriales y las no totalmente industrializadas operaban en unidad de contrarios, donde no se permitía la linealidad, lo cual le habilitaba a pensar la aparición de monopolios nacionales sin que se diera el fenómeno de exportación de capital y de dominio sobre

41.- Gabriel Vargas Lozano, «Lenin: ¿nueva práctica de la filosofía o nueva filosofía de la praxis», *Dialéctica*, 11 (1981), pp. 91-103.

42.- Luis Villoro, «Lenin», Fondo Luis Villoro, Caja 6, Carpeta 34, fojas 49-59, Biblioteca Eduardo García Maynez, Ciudad de México.

otras naciones, haciendo referencia al caso de estos países latinoamericanos. De ahí desprendía Semo un análisis del Estado, en donde denotaba que la categoría de capital monopolista de Estado fungía si para describir formas de opresión y domino, pero también como la forma organizativa que sentaba las bases para el socialismo, en sociedades no totalmente industrializadas, al ser un instrumento organizativa de importantes ramas de la producción. Todo ello era resultado de que nuestras sociedades latinoamericanas eran «pluripartulares», es decir, en donde se articulaban diversos modos de producción, pero también se superponían y entrelazaban diversos niveles del desarrollo capitalista^[43].

Por su parte Alonso Aguilar Monteverde, provenía del nacionalismo radical, cuya principal figura era el general Lázaro Cárdena. En la década de 1970 publicó su *Teoría leninista del imperialismo* en México y Cuba. Varias son las directrices del trabajo de Aguilar que lo hace original. En primer lugar, su estudio del imperialismo no se concentra en una etapa única del pensamiento de Lenin, pues efectúa una operación de comprensión global del fenómeno dentro del corpus de su obra. Lo hace a partir tanto de sus estudios del capitalismo ruso de principios de siglo XX como sobre el desarrollo de la lucha política en las versiones reformistas de la II Internacional.

El objetivo central del texto de Aguilar Monteverde es doble, por un lado, demostrar que la categoría de imperialismo se construye en el pensamiento de Lenin, tanto teórica como políticamente más allá de su obra de 1916, y por el otro consolidar la categoría de capital monopolista de estado. Sobre el primer aspecto tenemos que decir

43.- Enrique Semo, «Lenin, la teoría del capitalismo monopolista de Estado y los países capitalistas intermedios», *Coyoacán: revista marxista latinoamericana*, 4 (1978), pp. 101-121.

que el texto de Aguilar rastrea con minuciosidad tanto de las polémicas políticas como de la evolución metodológica que Lenin realizó en sus análisis económicos. Destaca su estudio de los «Cuadernos sobre el imperialismo», en donde amplía las críticas de Lenin a John Hobson, el primero dentro de los sectores de izquierda en formular la categoría de imperialismo.

Sobre la segunda temática, para Aguilar, Lenin es un criterio de autoridad para afianzar la noción de capital monopolista. Textualmente demuestra que Lenin utilizó tal categoría y emprende un segundo asedio a los textos para mostrar la centralidad del Estado interventor en la economía después de la famosa obra de 1916. Según esta hipótesis, el imperialismo ya no sólo sería definido como la época de la fusión del capital bancario y el industrial con el correspondiente dominio de los monopolios, sino que estos mismos se habrían fundido con la estructura burocrática estatal. El capital monopolista surgiría de la estrecha relación entre los monopolios y el Estado, y que en las palabras de Lenin actúan a través de «un solo mecanismo [...] deviene parte fundamental de la estructura económica misma, explota un creciente número de trabajadores asalariados, extrae en forma directa grandes masas de plusvalía y adquiere una importancia decisiva en el proceso de acumulación»^[44]. Las concepciones de Aguilar Monteverde dieron otros frutos, por ejemplo, su insistencia en que el régimen político mexicano no era la construcción de una burocracia que gobernaba por arriba de las clases sociales (y sus conflictos) sino que más bien era el resultado de la fusión de la burguesía con el Estado. Su obra titulada *La burguesía, la oligarquía y el Estado*, busca dar muestra de ello con un

estudio empírico sobre las relaciones empresariales de la élite política mexicana.

Ello no obstante para que su obra sea relevante con interés como un intento de renovación, producto de la Revolución cubana, como se manifiesta cuando escribe que en Mariátegui, Mella y Che Guevara está «el leninismo que hace falta»^[45]. A medio camino entre la renovación y las certezas, Aguilar entrega una obra útil para el estudio de la obra de Lenin, aunque limitada en sus concepciones.

Otros intelectuales de gran calado abreviaron sobre la postura de Lenin. Fue el caso del traductor de las obras de Marx y exiliado español Wenceslao Roces, quien celebró el centenario de su nacimiento en 1970, destacando los aportes del ruso respecto al internacionalismo, la construcción del partido y la centralidad de la juventud. Su conferencia, dictada en la Casa «España Popular» señalaba el eje central y originalidad de su aporte así: «La libertad que, por fin, tiene a su servicio la fuerza, en vez de verse atropellada por ella. La libertad para romper todas las cadenas e instaurar un mundo sin explotación: así concebía Lenin la libertad»^[46]. También, en el marco de aquella conmemoración el escritor Germán List Arzubide dedicó algunas palabras sobre el camino del líder hacia el proceso revolucionario. En tanto que el politólogo, intelectual y funcionario universitario, Víctor Flores Olea, dedicó un sugerente ensayo a la relación entre Lenin y la política. En tanto que Carlos Thierry Zubieta del denominado Partido Socialista Estudiantil de la Escuela de Economía escribió sobre la relación entre Lenin y la juventud; todos estos materiales fueron publicados en la revista *Cuadernos Americanos*, en su número 4 de

44.- Alonso Aguilar Monteverde, *Teoría leninista del imperialismo*, México, Nuestro Tiempo, 1978, pp. 180 y 181.

45.- A. Aguilar Monteverde «Teoría leninista», p. 461.

46.- Wenceslao Roces, *Lenin. Rasgos de su vida y su obra*, México, s/e, 1970.

agosto de 1970. En esa misma publicación, unos años después, el periodista ubicado en la tradición nacional-popular, cercano al presidente Cárdenas, escribió sobre Lenin y el Estado por el fundado, en el devenir de «pasos y contra pasos» que había dado el mismo desde la muerte de aquel^[47].

El último gran momento de este trayecto fue el pequeño debate en torno a Lenin que apareció en la revista *El Machete*, misma que recuperó el nombre del histórico periódico comunista. Dicha publicación representó un momento de renovación del PCM, siendo una publicación herética, de gran apertura intelectual y cultural. El debate lo inició un exiliado argentino en México, el filósofo Oscar del Barco, quien había hecho una dura crítica de Lenin en un libro aparecido en la Universidad de Puebla^[48]—institución controlada por el PCM en aquellos años— y que resumió en un breve texto su tesis de la continuidad entre Lenin y Stalin, y que la degeneración política la Unión Soviética no estaba en una desviación realizada por el segundo^[49]. El siguiente número de la publicación comunista permitió la entrada de un texto que matizaba la apreciación sobre Lenin, a cargo de Luciano Gruppi —autor que había sido traducido, paralelamente en una obra más larga sobre Lenin— quien señalaba los aspectos positivos de sus planteamientos ubicados en un plano histórico concreto^[50]. Sin embargo, el texto de del Barco recibió una puntual respuesta por parte del filósofo althusseriano Luis Salazar Carrión, quien criticó al argentino

por considerarlo un anti-comunismo que evaluaba equivocadamente las actitudes y formas de trabajo teórico de Lenin. Si bien Salazar ejercía su propia crítica del líder ruso, evitaba caer en el reduccionismo que veía en el argentino, cuya posición anti-comunista cegaba la comprensión de lo que era una concepción integral de Lenin^[51].

Murales, grabados y caricaturas

La historia cultural del comunismo y del marxismo en México no se puede entender si la impronta de los artistas: pintores, grabadistas, compositores, poetas. Lenin es un motivo constante entre los artistas gráficos, cuya estela es inseparable de esta forma de intervención política. Aunque es un tema bien conocido, referiremos sucintamente las principales apariciones.

Es evidente que la figura de Diego Rivera gana relevancia en este tenor. El mural que realizó el artista en el edificio Rockefeller en Nueva York, mismo que fue destruido, es quizás el claro signo de que entre los mexicanos y su revolución y la soviética, Lenin funcionó siempre como un puente. Posteriormente Rivera pintó en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México el mural conocido como «El hombre controlador del universo» o, alternativamente «El hombre en el cruce de caminos». El esfuerzo de Rivera coloca el proceso histórico, el devenir de la ciencia, la técnica y, por supuesto, la revolución como un acto necesario de ser analizado. Rivera volvió sobre Lenin (y Trotsky) en Revolución Rusa o Tercera Internacional, donde se puede ver a los dos líderes hablando a los ejércitos de desposeídos, todos con color de piel y gestos diversos, así como a las tropas de la milicia nacida de la revolución rusa. Por supuesto,

47.- Francisco Martínez de la Vega, «Sesenta años después de la revolución de Lenin», *Cuadernos Americanos* No. 1, Vol. CCXVI, (1978), p. 42.

48.- Oscar del Barco, *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica del leninismo*, Puebla, UAP, 1980.

49.- Oscar del Barco, «¿Era Lenin un perverso?», *El machete*, 3 (1980), pp. 23-26.

50.- Lucino Gruppi, «El leninismo de Lenin», *El machete*, 4 (1980), pp. 39-43.

51.- Luis Salazar, «Lenin: la impertinente realidad», *El machete*, 6 (1980), pp. 41-43.

Frida Kahlo también participó de esta incursión en donde Lenin era una presencia constante, junto a Stalin. Otro que utilizó a Lenin en sus murales fue Miguel Covarrubias, quien retrataría el proceso de destrucción del mural de Rivera, particularmente el momento en que Rockefeller encontraría a Lenin. El muralismo expresó su presencia en el apogeo del prestigio del país de los soviets, al tiempo que buscó fundirlo con la propia historia local. Independientemente de la adscripción organizativa de Rivera y Kahlo (del comunismo al trotskismo y nuevamente al comunismo), figuras como las de Lenin siempre tuvieron espacio en sus obras.

Menos presente entre los grabadistas —que podrían ser considerados los sucesores ideológicos de los muralistas— del famoso Taller de la Gráfica Popular, es posible encontrar algunos detalles. La mayor parte de quienes formaron parte del Taller de la Gráfica tuvieron una adhesión marxista y organizativa alrededor de las grandes figuras de la izquierda. Entre los pocos grabadistas que se dieron la oportunidad de pintar a Lenin está Luis Arenal, quien militó en el PCM y fue excluido de este en la década de 1940, sumándose posteriormente a otros grupos. Su grabado muestra a un niño, con fuertes rasgos campesinos e indígenas, leyendo un libro de Marx y otro de Stalin, en tanto que el nombre de Lenin aparece en otro que está a un costado, al que señala. Ese grabado es importante porque muestra más que el culto a la figura de Lenin, la apropiación que este hacían las masas desposeídas.

Muchos años después, el también muralista José Hernández Delgadillo pinto en el auditorio de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional, las efigies de Marx, Engels y Lenin. Esta triada, expresaba la militancia de Hernández Delgadillo quien «Participó en huelgas obreras, tomas de tie-

rras, asentamientos urbanos irregulares y protestas estudiantiles»^[52]: a medio camino entre el maoísmo y la interpretación pos-PCM de la década de 1980.

La herencia visual transitó de los murales a los grabados, pero tuvo su mayor apogeo con la caricatura. Lenin ocupó un lugar, junto a Marx y Mao-Tse-Tung, como uno de los personajes que más se dibujó, con una intención pedagógica. Publicado por la editorial del PCM, Ediciones de cultura Popular, en 1975 apareció Lenin para principiantes, una obra compuesta por el caricaturista y militante Rius. Dicha obra funcionaba como una biografía que explica los avatares. Además de varias ediciones en México —en editoriales como Grijalbo—, el *Lenin para principiantes* fue publicado en España por editorial Akal.

Finalmente, y como corolario de la presencia artística de Lenin y excediendo las formas gráficas es preciso mencionar al escritor Guillermo Samperio quien compiló una serie de cuentos bajo el título *Lenin en el fútbol*, en el cual, la pieza con el mismo nombre relata la historia de un intento de creación de un sindicato de futbolistas, mismo que se ve frustrado. La imagen de Lenin se asocia aquí, de nuevo, a la lucha de los trabajadores del balón.

Este panorama muestra como Lenin ocupó un lugar especial en las tradiciones culturales mexicanas, tanto políticas, como artísticas y culturales. Esto como parte de la onda expansiva de la revolución de octubre, que lo instaló como un motivo constante de reflexión. Independientemente de la forma en que se le recibió, su presencia es parte de una cultura política que, en el contexto mexicano, hilvanó las tradiciones globales con las locales.

52.– Luis Hernández Navarro, «José Hernández Delgadillo, elogio al muralismo», *La Jornada*, (1 de marzo de 2022).

Reflexiones finales

La historia del comunismo en México inició en 1919 y concluyó hacia 1988 cuando las corrientes de izquierda asociada a esta familia política se fundieron con las vertientes del nacionalismo-popular. El PCM ya había dado pasos hacia su desvanecimiento cuando se diluyó junto con otras organizaciones dando nacimiento al Partido Socialista Unificado de México, mismo que aun conservó la retórica marxista y la hoz y el martillo, en el año 1981. Hacia 1986 esta organización desapareció en el Partido Mexicano Socialista, producto de una fusión con el nacionalismo de izquierda. En 1988, sorprendidos por la historia, las izquierdas enfrentaron un fenómeno social inesperado, la candidatura presidencial de un personaje con gran capacidad de arrastre de masas. Ello finiquitó, definitivamente, la presencia abierta y pública de los símbolos asociados al comunismo y del lenguaje político del socialismo. Finalmen-

te, 1989 cerró aquel periodo con los cambios a nivel mundial.

Después de esa fecha es difícil encontrar referencias, reflexiones, publicaciones o espacios significativos sobre Lenin. La década de 1990 se convirtió en la del vendaval neoliberal y el marxismo solo volvió a tener alguna presencia intelectual —que no política— hacia el primer lustro del nuevo siglo. En esta etapa aparecieron reflexiones sobre el imperialismo, tanto de forma crítica como positivas^[53]. Fueron intelectuales de importancia para la izquierda como Elvira Concheiro^[54] y Enrique Dussel^[55] quienes insistieron en la necesidad de pensar con Lenin. En el marco del centenario de su muerte —2023— jóvenes del gobernante partido Movimiento de Regeneración Nacional impulsaron un homenaje al líder revolucionario. Se verá en su momento si en la izquierda gobernante se sedimentó algo de este legado o si fue un ejemplo más de la «exceso de la memoria» de la que nos habla Bruno Bosteels^[56].

53.- Mario Rivera, «Lenin y la revolución antiimperialista», *La Tecla indómita*, segunda época fascículo III, 2003, pp. 9-28.

54.- Elvira Concheiro, «De nuevo Lenin», *Memoria*, 276 (2020-4), pp. 84-93.

55.- Enrique Dussel, *Siete ensayos de filosofía de la liberación*, Madrid, Trotta, 2020.

56.- Bruno Bosteels, *Marx y Freud en América Latina*, Madrid, Akal, 2014.